

CERRO DEL HIERRO otra muestra colonialista

NO, aquí seguridad no tenemos ninguna. La única seguridad que tenemos es que no nos queda un duro pa comer. Y la seguridad de que cualquier día se pueda uno quedar por ahí tirao, como le pasó a Murillo".

He llegado hace un rato a Cerro del Hierro, barriada dependiente del municipio de San Nicolás del Puerto (Sevilla), pueblo con 1.178 habitantes al censo del 70, y como a unos cinco kilómetros del barrio minero. Hombres, niños, mujeres, viejos, me miran desde las puertas de las casas con ese ceño receloso de los andaluces que han perdido mucho y ya no se fían ni de su sombra.

He prendido la hebra con uno de estos hombres que me esperaban, y Antonio Jiménez Ortega, al incidir sobre la cuestión de la falta de seguridad que se percibe en este trabajo duro y mal pagado, me cuenta la historia de José Murillo López.

—Pasó lo que tenía que pasó. Murillo estaba recién venido de la mili, entró como peón. Y un día el capataz le dijo que barrenara. El dijo que no, pero después entró, no va a estar uno enfrentao siempre con la gente. Yo me lo encontré, eran allá como las doce y media. Ya la sangre la tenía seca y se había arrebujao la camisa sobre la cabeza. La cosa tuvo que pasarle a las diez y cuarto, porque el reloj estaba parao a esa hora.

—¿Muerto?

—No, pero la cara daba miedo vérsela. Se quedó ciego, fijese usted, con veinticinco años. Le ha quedado una pensión de miseria. Bueno, miseria es todo aquí.

Le ha quedado un tono reconcentrado en la voz a Jiménez, algo así como ganas de arremeter contra alguien; actitud que es contagiosa, sobre todo cuando se extiende la vista por este contorno minero. Porque aquí la naturaleza no trajo miseria, sino impresionante riqueza, riqueza que cuando ha sido explotada de forma ramplona, como a modo de rapiña, en vez de revertir su beneficio hacia estos hombres, hacia la geografía en la que se proyectan, se ha ido fuera. Para Inglaterra o hacia Santander, cualquiera sabe. Para cualquier bolsillo menos para los de estos hombres, que se encuentran sin cobrar desde el mes de enero.

La historia minera de este contorno se inicia, como ha sucedido tantas veces en Andalucía, con la llegada de los ingleses. En 1870, la firma Bairs Mining Company Li-

mited, de Glasgow, planta sus reales en este trozo de tierra andaluza e inicia la explotación, a cielo abierto, de una mina de piritas de hierro. Así continuaría hasta 1947 —con el paréntesis de los años de la guerra—, fecha en la que adquiere la explotación Nueva Montaña Quijano, S. A., empresa santanderina muy vinculada a la gran Banca española. Esta sociedad prosigue los negocios y allá por 1966, al penetrar en la firma Authi, instala en Cerro del Hierro una factoría para la fabricación de radiadores y calefactores para automóviles, en exclusiva para los mo-

da, motores que parecen encontrarse en buen uso pero que se encuentran a la intemperie, pasto del lodo, del sol y las lluvias; obsoleta maquinaria de cualquiera sabe cuántos años por estos andurriales, sirviendo a los intereses mostrencos de empresas que han de conseguir el mayor beneficio a costa de la menor inversión.

—Pues el expediente de regulación de empleo lo presentó la empresa a finales de abril, ¿no?

—El día cinco de mayo. Ese día lo han notificado. Nosotros estuvimos con el alcalde de San Nicolás y el cura, en Sevilla, el veintisiete de abril. Nos recibió el gobernador civil y el delegado de Trabajo. Y también estaba un señor de la Jefatura de Minas. Nos dieron las mejores esperanzas, que se iba a solucionar nuestro problema, y mire usted, a continuación, el expediente ese.

Expediente de regulación de empleo presentado por don Gerardo Martínez Retamero, como abogado-apoderado de Cerro del Hierro, S. A., con fecha 28 de abril pasado, en el que se solicita "suspensión laboral (seis meses) de los contratos de trabajo de todo el personal", ya que "en dicho tiempo podríamos acelerar al máximo los trabajos del Geológico, recuperar los contratos con Altos Hornos y enviar el material ahora mismo existente y ponernos

al corriente con los trabajadores y la Seguridad Social".

—Dicen que no hay rentabilidad porque la mina está perdiendo la veta y lo que se saca es de baja ley. Pero hay mineral de primera por todas partes. Personas que han venido, que son técnicas en esto, nos han dicho que en estos cien años no se ha sacado nada más que lo que estaba a flor, que tenemos mineral para muchos, muchos años. Lo que pasa es que lo que se está lavando ahora son las escorias que dejaron los ingleses. Por eso se perdieron los contratos con Altos Hornos. Porque aquí no se trabaja en la mina casi desde primeros de año. Claro, así puede hablarse de baja calidad. Se manda esto a Altos Hornos y dicen que la ley es muy baja. ¿Por qué no se sigue sacando de la mina? Porque interesa decir que no hay rentabilidad. Así es como quieren conseguir el expediente. Aquí está pasando algo muy raro, mire usted. Lo que se quiere es tirar a la plantilla a la calle y ya está.

Observo ahora a los hombres —ocho o diez— dedicados a lavar mineral en su forma más rústica, de las escombreras cercanas. Y un poco más allá, el edificio que fuera oficina administrativa de los ingleses, en estos momentos comenzando a ser tragado por un cono enorme de piedras férricas.



delos Mini, MG y Morris. Esa situación dura prácticamente hasta 1970, cuando se produce el gran descalabro de la firma inglesa. Entonces, los trabajadores, que de mineros habíanse convertido en mecánicos, pasan nuevamente a su primitiva situación.

No obstante, se ha producido una situación nueva a niveles formales. Nueva Montaña Quijano desaparece, creándose entonces la sociedad Cerro del Hierro, S. A., con sede en Santander y, según ciertas informaciones, filial de Nueva Montaña.

—Aquí tenemos esa impresión, y también nos lo ha dicho gente que está en estos asuntos, aunque el que aparece como dueño es don Hilario Díaz Bedia, un señor de Santander.

Vamos dando una vuelta por la mina, contemplando este panorama desolado, este conjunto casi lunar de picachos enhiestos, socavones que de pronto se producen en el terreno, bajando por trochas inverosímiles, llegando a tajos verdaderamente impresionantes. Aquí y allá, maquinaria abandona-



"Dicen que no hay rentabilidad porque la mina está perdiendo la veta y lo que se saca es de baja ley. Pero hay mineral de primera por todas partes".



Obsoleta maquinaria de cualquiera sabe cuántos años, sirviendo a los intereses mostrencos de empresas que han de conseguir el mayor beneficio a costa de la menor inversión.

Y casi al lado, pasando estos rai-les que hace tiempo no soportan el paso de ningún vagón, la estación de ferrocarril de Cerro del Hierro, con el aire de la muerte sobre sus piedras; cristales rotos, puertas desvencijadas, un reloj que se paró un día cualquiera a las seis menos diez. Vías que conducen hacia Villanueva del Río y Minas, otro pueblo minero que, por disposiciones gubernamentales, ya no tiene veta carbonífera, aunque especialistas indiquen igualmente que sigue existiendo una gran bolsa de carbón en el contorno.

—Es que aquí da pena de todo. Mire usted, esa piedra blanca que ve ahí es piedra caliza que sirve para el cemento. Bueno, no tendrían más que cogerla de aquí y llevarla por el tren hasta Villanueva.

—¿Para qué?

—Hombre, ahí en Villanueva tiene usted la fábrica de cemento. Está cerrada hace cerca de un año, y tiene unas instalaciones que costaron una millonada. Claro, como eso lo hizo la Confederación Hidrográfica, y por lo visto no les duele el dinero...

Hemos llegado, después de prolongada vuelta, hasta el caserío minero. Casitas de una sola planta, con pequeño jardín a la entrada de cada una de ellas, acacias centenarias que despiden un perfume pastoso, denso. Al fondo —me los enseñan—, las instalaciones que un día ocupara la factoría de radiadores. Hoy, sus puertas abiertas, las luces de neón aún funcionando, la maquinaria que aún queda con la pátina del abandono. Contemplo el semblante de estos hombres que me acompañan, que miran este auténtico derrumbe con cara de verdadera tristeza, estos hombres que desambulan por el pueblo con el ánimo

en los pies, hombres que no entran en la taberna porque no tienen un duro, hombres que, aun a pesar de su desventura, continúan realizando su trabajo diario aunque no se les pague.

—Porque no os pagan, ¿verdad?

—No nos pagan, no señor. No nos pagan desde el dieciocho de febrero, que nos dieron entonces la paga de enero. Luego, sí, nos dieron diez mil pesetas a cada uno porque las mujeres se metieron en la iglesia de San Nicolás y estuvieron allí encerradas tres días. Por eso nos dieron las diez mil pesetas. No tenemos dinero, el economato está ya vacío, la situación está cada vez peor y ya no hay quien nos fie. Las mujeres dicen que si por lo menos los yogures los recetara el médico para los niños... Pero seguimos trabajando porque queremos demostrar a la empresa que le tenemos a esto más cariño que ella. Porque ella va a llevarse el dinero; cuando no le interesa, por lo que sea, este asunto, nos quiere tirar a la calle. Nosotros no, muchos de nosotros hemos nacido aquí, aquí llevamos veinte o treinta años trabajando en la mina. Esto es más nuestro que de ellos. Y se lo dijimos así. Si dicen ustedes que esto no sirve, si tan mala calidad tiene el mineral que se consigue, que nos dejen la mina, que hacemos una cooperativa y poco a poco iremos pagando. Entonces dicen que no, que aquí hay una gran riqueza. ¿En qué quedamos, coño!

En el bar hay muy pocos hombres. Alrededor de una mesa, cuatro juegan a las cartas. Sobre la mesa, nada más que los naipes, ni una cerveza, ni un vaso de vino. En el mostrador, tres hombres forman tertulia. Pedimos unas cervezas y una botella de tinto. Fren-

te a nosotros, una estantería descomunal en la que quedan tan sólo 14 ó 15 botellas. Aire de liquidación y derribo y que cada cual se vaya con viento fresco. Eso es lo que parece desearse. De tapa, una bolsa de patatas, no hay otra cosa.

—Ahora dicen que con el expediente lo que quieren es arreglar esto. Que quieren... una mierda pa ellos. Porque ya hace casi cuatro meses que no nos pagan, pero el mineral se lo llevan y lo estarán vendiendo, que no lo van a regalar, digo yo. Y aquí lo único que se ve es unas ganas locas de mandarnos a todos a hacer puñetas. Y ni siquiera nos dejan tener unos bichillos, ni que siquiera sembramos nada. Es que lo echan a usted si lo hace. Ahora, eso sí, todas estas tierras las tienen arrendadas al alcalde de San Nicolás, por dieciocho mil pesetas al mes. Ellos saben con quién tienen que estar a bien. Los niños del pueblo le han escrito al Rey, a ver si él, con esto de la democracia, puede hacer algo por nosotros y nuestros problemas.

—Claro que puede hacerlo —dice otro—. Si él no puede...

Ciento un trabajadores, 460 personas en total, de las cuales, 117 son niños que siguen yendo a la escuela, porque la maestra sigue en su puesto.

A la llamada que se realiza en un momento —ha llegado un equipo de la SER que está haciendo un programa para "Hora 25"—, las mujeres se arraciman. Y hablan atropelladamente de "esta partía de granujas", de su experiencia cuando el encierro, de que "si don Hilario tiene lo que tienen los hombres, que venga por aquí, que se va a enterar".

Y don Hilario no aparecerá, de seguro. Tiene otros negocios importantes que atender allá en su

Santander natal, no puede preocuparse de un simple problemilla que sus validos le solucionarán allá en el Sur, distante y colonizado. ¿Que pasan hambre esos hombres? Allá ellos. Que se vayan y le dejen a él las manos libres para seguir montando negocios a costa de lo que sea. Que no es tampoco don Hilario, por supuesto, sino esas grandes empresas que se buscan testafierros de tal tipo para cuando llegue el momento de ahuecar el ala y emigrar con la ganancia hacia otros soles.

Mientras tanto, aquí están estos hombres, esperando que las cosas comiencen a cambiar, que se pueda meter mano por alguna parte y que esta injusticia no se siga cometiendo. "Porque no estamos tan sólo nosotros, que está ahí el pueblo de San Nicolás, que si esto acaba, pues se muere, eso está claro".

Cerco de hambre y miseria, cercos que tan buen resultado han dado siempre al capital cuando quiere deshacerse del pueblo, que tan sólo pide poder trabajar, aunque a cambio de ese trabajo perciba un salario de hambre. Porque estos hombres de la mina, a excepción del médico —que vive en Sevilla y, cuando se cobraba, iba una vez al mes a la mina— y el jefe de administración, han venido cobrando, como cifra media, del orden de las 400 pesetas diarias, es decir, ni el salario mínimo.

Las centrales sindicales han comenzado ya a moverse —principalmente UGT, que cuenta con la mayor parte de los afiliados, en base posiblemente a su ascendencia histórica entre la clase minera— y parece ser que, ante el delegado de Trabajo, esa central sindical se ha opuesto a la incoación del expediente de regulación, alegando defectos de forma y fondo. Igualmente parece ser que van a realizar estudios técnicos sobre las características de la zona, sus problemas actuales y sus posibilidades futuras, al tiempo que preparan un informe para ser presentado al presidente de la Junta de Andalucía, nombrado recientemente.

Podría ser, ya de entrada, una buena muestra para conocer si de verdad esta autonomía que a cuentagotas se nos va a ofrecer a los andaluces puede servir para solucionar problemas de siglos de colonialismo, círculos de subdesarrollo que han servido para que las potenciales riquezas de Andalucía salieran hacia otros confines, mientras que aquí tan sólo se perfilaba la emigración como única salida para un pueblo que bien sabe de hambres y renunciaciones.

Ya es de noche cuando cojo el coche nuevamente, pequeñas luces de candileja alumbrando el arracimado de casas, los hombres como un barrunto de esperanza en los semblantes.

—Y diga usted que aquí hay riqueza, mucha riqueza. Que no hay derecho a que estemos así.

Y lo digo, puede que sirva para algo. Por lo pronto, y a raíz del programa de "Hora 25", la solidaridad comienza a estar con estos hombres. ¿Sucederá lo mismo con la justicia? ■